

Cambio de las masculinidades desde la educación

Erick Pescador Albiach¹

Introducción

Llevo 9 años trabajando e investigando sobre las masculinidades y su posible cambio hacia espacios de paz y equidad. En los últimos seis años hemos investigado e intervenido a través del «Programa Ulises para la prevención de las violencias masculinas» desarrollado en centros educativos de primaria y secundaria, directamente con el alumnado pero también con todos los agentes socializadores de su entorno (madres, algún padre, profesorado, personal sanitario, funcionariado social, etc.).

Analizando la percepción de las masculinidades y la situación en la escuela observamos que nos encontramos en un difícil momento para los cambios hacia la igualdad entre mujeres y hombres. Apenas estamos recogiendo los frutos de largos años de feminismo y ya se escuchan voces de victoria y complacencia frente a una realidad donde las mujeres supuestamente ya pueden “hacer lo mismo que los hombres” o incluso “más que ellos”.

Sin embargo las futuras generaciones, bañadas en esta ingenua complacencia, han creado una parálisis crónica en el cambio. Es como si lo importante fuera obtener respaldo en el mundo social y laboral aunque ello suponga abrazar las ideologías más tradicionales y patriarcales, aun a costa de maximizar el comportamiento masculino y los valores de los hombres y ahora también de las mujeres. Lo que desde luego no ha cambiado es la ecuación donde lo masculino sumado a cualquier variable es igual a poder.

Casi veinte años de trabajos en coeducación que definían el cambio de las mujeres como la imitación de comportamientos masculinos o la eterna demostración de que las mujeres también pueden, no siempre alcanza los mejores resultados contra la discriminación, sobre todo si no cuenta con el cambio de los hombres.

El resultado palpable en la sociedad y más en concreto en las escuelas de las futuras generaciones no es nada halagüeño:

- Muchos chicos piensan que las mujeres están en su contra y que están apoderándose del mundo y compiten con ellas. Otros han incorporado el discurso del cambio pero no las actitudes de cambio, piensan que la igualdad y el reparto corresponsable de las tareas consisten en demostrar que ayudan en ocasiones y que tienen que ser recompensados por su imagen igualitaria.
- Muchas de ellas, ancladas en los viejos arquetipos de princesa encantada, buscan un lugar en el espacio masculino en el difícil equilibrio de ser dóciles pero guerreras, violentas y sumisas si llegara el caso.

¹ Sociólogo, psicólogo social. Sexólogo.

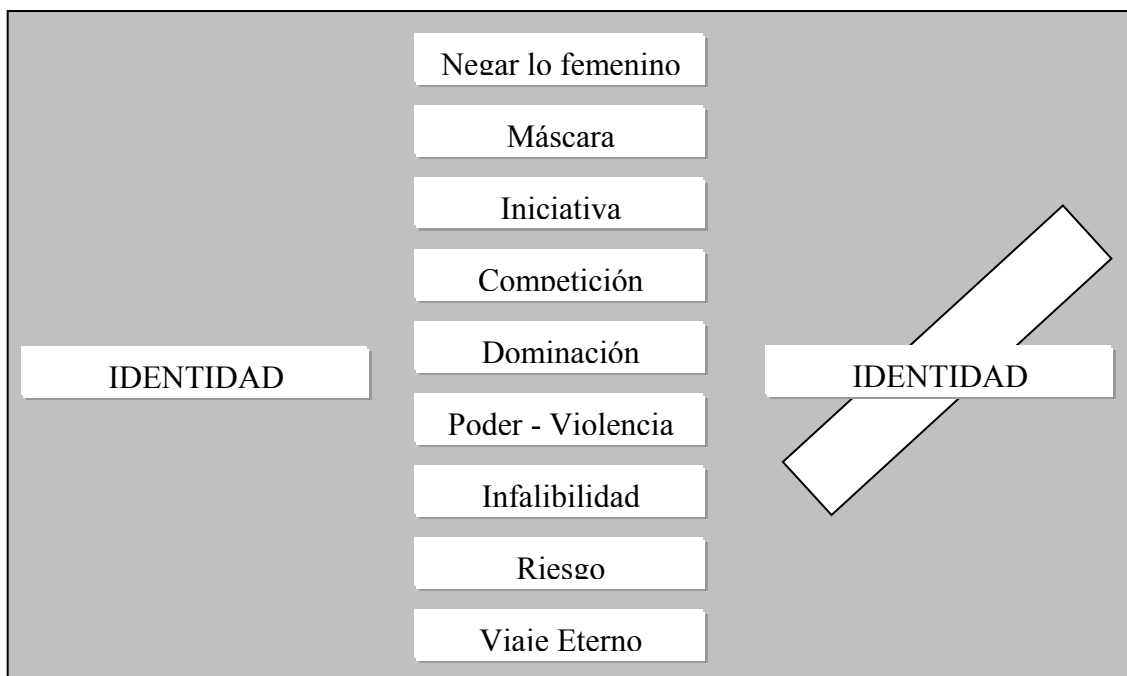
Una vista general de las masculinidades en la escuela

Parte muy importante del trabajo del proyecto Ulises es la investigación cualitativa anterior y posterior a las intervenciones educativas, y de ella se derivan trazos de las ideologías que sostienen las futuras generaciones. La forma en que recogemos los datos y los contrastamos es la utilización de grupos de discusión y entrevistas personales semiestructuradas.

Los resultados más claros de esas investigaciones son tres grupos ideológicos básicos y sus posibles combinaciones: En primer lugar existe un pequeño porcentaje de mujeres y sobre todo hombres que se aferran a las ideologías que en otro tiempo sostenían el machismo más recalcitrante y discriminador. Otro pequeño grupo, en especial mujeres, asume que la igualdad es una meta por alcanzar y se muestran activas en su busca verbal y actitudinalmente. Por último, el grupo más numeroso representa la hipocresía de los cambios supuestamente alcanzados y aunque sostiene el discurso de la igualdad y el reparto de responsabilidades, en la práctica el comportamiento mantiene la discriminación de siempre de los espacios femeninos y de la mujer.

También pudimos extraer un modelo de hombre tradicional a partir del pensamiento más común y de las respuestas de chicas y chicos adolescentes a la pregunta “¿Qué tiene que hacer un hombre para ser un hombre de verdad?” Y así quedó presentado en el siguiente diagrama.

Modelo Masculinidad Tradicional Patriarcal (MMTP)



Aun con la pretensión y el deseo de cambio de algunos hombres, podemos descubrir en lo más profundo o en lo más sutil de nuestro comportamiento ese Modelo Masculino Tradicional Patriarcal (MMTP) y así aparece representado en las aulas. Las

personas educadas en este modelo masculino (especialmente varones) suelen renunciar al mundo de los afectos, refuerzan su identidad desde el individualismo, genitalizan cualquier tipo de contacto corporal y anulan todo ápice de comportamiento femenino. Es por ejemplo lo que sucede con los varones en torno a la edad de 8 años y que nosotros denominamos el corte afectivo, donde el propio niño o en ocasiones sus progenitores crean una distancia de contacto, retiran el beso de sus hábitos y rehuyen mayoritariamente cualquier contacto cariñoso en especial en público, como si ser ariscos les diera más poder.

A pesar del paso del tiempo y el supuesto progreso en cuestiones de género y equidad, el MMTP aparece reflejado en la vida cotidiana como un mandato para la mayoría de los hombres y para algunas mujeres, algunas veces invisible y otras veces evidente.

Muchas de las personas entrevistadas identifican el ser hombre con el hecho y la necesidad de *Negar lo femenino*. Es el primer elemento que identifica al hombre de siempre frente a las mujeres y frente a otros “menos hombres”. En el lenguaje popular si un adolescente varón se niega a responder al modelo masculino de poder es considerado “una nenaza”, “un maricón”, “poco o medio hombre”, etc.. Anular o desterrar lo femenino refuerza la identidad de los varones a lo largo de su vida, en especial en cualquier momento de crisis personal (p.e.: una ruptura o un periodo de depresión) o en el enfrentamiento con otros hombres o con las mujeres. La masculinidad se entiende como lo opuesto a ser mujer o a la representación de lo femenino, no así al contrario. Ser mujer es una categoría segura que no precisa de un opuesto para identificarse o de la negación del “alter ego” y por lo tanto no necesita en principio de la violencia para definir su identidad. Cuando preguntas a los chicos en clase en qué consiste ser un hombre de verdad, ellos siempre responden “no ser mujer”, mientras que ellas explican su identidad desde el comportamiento o las características físicas.

Para poder representar lo masculino en forma de poder viril que siempre tiene éxito y jamás falla, se precisa un alto grado de fingimiento y un continuo *aparentar*, ya que no pueden cumplirse siempre las expectativas externas e internas. Como hombres llevamos muchas veces la máscara de la fortaleza, de la valentía, del no sentir la emoción o de sostenerla sin expresar dolor.

De igual modo sucede con la actitud continuamente propulsiva, activa o propositiva. Quien tiene el poder debe ser quien tenga la *iniciativa*. Ellos, y rara vez ellas, son quienes ejercen el liderazgo frente al grupo, a veces desde la risa, la palabra o la agresión, etc., pero siempre requiriendo plena atención de los demás reforzando así su poder frente al grupo. De hecho en el aula encontramos al grupo de “malotes” que necesitan y reclaman plena atención para lo que recurren a hacer gracias que reciban el refuerzo de la risa del grupo o un mal comportamiento persistente que reciba como premio el castigo y la atención permanente del grupo docente. Para ser un hombre de verdad hay que liderar la acción sin permitir que otro hombre y menos una mujer ocupe ese lugar. Últimamente también algunas mujeres imitan este comportamiento, a la hora de ligar o cuando buscan su lugar de liderazgo frente al grupo. Como docentes y desde cierta inconsciencia reforzamos a quien toma la iniciativa aunque sea con un mal comportamiento, por ejemplo recordando primeramente el nombre de las personas más

revoltosas (y por lo tanto poderosas) del grupo, reforzando así las actitudes violentas típicamente masculinas y que sustituyen a las demostraciones amorosas.

Otro espacio común de lucha por la demostración del poder masculino es el eterno enfrentamiento con otros hombres o las mujeres. De este modo surge la eterna *competencia* como otra característica del poder masculino; quien lo ostenta debe defenderlo en liza permanente, en un sin fin de luchas plusmarquistas para ver quién es más, tiene más o aguanta más. Perder en esas peleas físicas y dialécticas significa ser menos, no valer, ser más femenino y por lo tanto ser sometido a la burla como cualquier tipo de *bullying*. No pueden permitir que una chica ocupe ese puesto de liderazgo desde la acción y por ello siempre compiten con las chicas y con sus propios compañeros. Esta regla se invierte cuando se compite por los resultados académicos; como no es posible que compitan en positivo por ver quién tiene mejores notas, todo se convierte en una subasta a la baja en la que gana quien tenga más materias suspensas.

También el ejercicio de la *dominación* es la clave de la identidad masculina (Bourdieu, 2000). En este sentido, el poder no sólo reside en la construcción mental de quien domina, sino en la asunción del papel de las víctimas que son dominadas. Es el androcentrismo el que permite ver el sistema de poderes y el reparto de dominación y sumisión de género tal como hoy lo conocemos: La subcultura masculina domina a la femenina que ocupa el espacio de sumisión. La forma de sostener esa dominación es habitualmente la exhibición de la *fuerza*, habitualmente la física, o de cualquier otro modo agresivo.

Otro de los arquetipos masculinos que persisten es la expresión y el mantenimiento del *poder* a través de la *violencia*, que permite la permanencia de los modelos de dominación. Estos son elementos claves del patriarcado y que a veces se proyectan no sólo en los hombres sino también, y crecientemente, en las mujeres. En todos los centros educativos en los que hemos trabajado aparece algún caso en el que una chica ejerce la violencia extrema para recibir el poder que le otorga el respeto de los demás compañeros. Para poder representar el poder tiene que vestir, hablar y comportarse de un modo determinado, y eso los adolescentes lo saben. Antes era el traje y la corbata, ahora son las marcas de ropa cara y la moto o el móvil último modelo. En todo caso deben investirse del poder que les confieren determinados usos y objetos.

El dinero es el símbolo del poder y es un valor supremo en nuestra sociedad, los chicos deben alcanzarlo por encima de otros fines, por ejemplo el estudio. Cuando preguntas por sus sueños y deseos las respuestas son muy similares: “un trabajo... mucho dinero... poder comprar lo que yo quiera...”

Según el mandato social un hombre tiene que ser el poseedor del conocimiento y de algún modo se le confiere la imposible virtud de la *infallibilidad*. Los hombres deben ser capaces de cualquier cosa y tener conocimiento universal, y con ello han soñado muchos personajes reales y de ficción (tal es el caso de Ulises en la *Odisea*). Raras veces un adolescente contesta a una pregunta con un “no lo sé” o un “no puedo” y menos si está su público delante; inventarán cualquier respuesta o excusa. En tal caso reconocer el fracaso sería tanto como reconocer una debilidad, se debe aparentar saberlo y poderlo todo como parte de una extraña demostración de poder. Para ilustrar lo que digo basta recoger las palabras de algunas chicas de 16 años en uno de los grupos de

discusión realizados en Sagunto²: “La mejor forma de conseguir que un chico haga algo es decirle que no es capaz de hacerlo”.

Parte fundamental de la aventura de ser hombre resulta de poder expresar el valor a través del *riesgo* (Badinter, 92). Todo proceso de masculinización o adquisición de la identidad masculina requiere de algún rito de paso que implique riesgo y valor del aspirante. Un ejemplo clásico en nuestra cultura fue durante mucho tiempo la “mili”, el servicio militar que te convertía en un hombre de verdad, pero también: el toreo, el uso brutal de los petardos y armas de fuego, la primera relación sexual coital, el uso indiscriminado de drogas, etc.. En el caso de los varones adolescentes de hoy el único rito que se pasó de moda es el primero; los demás conservan plena vigencia y acentúan hasta el extremo el MMTP, poniendo en riesgo sus vidas y las de quienes están cerca por una simple demostración de fuerza donde lo importante es que “mi coche corre más que el tuyo”, “a mí nadie me gana” o “yo sí me atrevo”.

Por último, esa continua actividad y necesidad de demostrar y poner a prueba su identidad masculina obliga a los varones a estar instalados en el movimiento y en un *viaje eterno* sin llegar jamás a puerto y sin disfrutar de la travesía, al modo en que Homero describe al personaje de Ulises (Gil Calvo, 97). Mientras el príncipe azul comía perdices y era feliz con su amada en los cuentos y dibujos animados diseñados para chicas, las historias de chicos acababan con el caminar del héroe hacia el horizonte en busca de nuevas aventuras³ (Sanz, 95, págs. 83-92).

Pero por debajo de la *identidad aparente* definida sobre estas líneas, se sostiene una *identidad oculta* que rompe la norma del deber ser y que conecta a cada hombre con lo que realmente desea ser, alejado del modelo social de género. Es precisamente en ese plano en el que nosotr@s buscamos el futuro de las masculinidades, tantas formas de ser hombre como individuos existan.

Haciendo un balance de los valores y comportamientos de éxito visibles en la escuela, he de decir que no hay mucho nuevo bajo el sol. Sin ánimo de caer en el pesimismo más absoluto, podemos reconocer que la violencia, la fuerza, el desafío a la autoridad, el riesgo como mecanismo de demostración de poder, la capacidad de dominio sobre otras personas, la competencia y otros valores tradicionalmente patriarcales están plenamente asumidos por los hombres y progresivamente por las mujeres jóvenes.

Dicho de otra forma, el modelo masculino tradicional se muestra de plena actualidad para ambos géneros. Las diversidades posibles en el universo de las subjetividades femeninas y masculinas postmodernas se anulan en pos de la

² Trabajo de investigación realizado en febrero de 1999, paralelo a unas intervenciones en el aula sobre “El cuestionamiento de los mandatos de género”.

³ En este sentido resulta realmente interesante el desempeño de los roles en series como *Candi*, *Oliver y Vengi*, *Manga*, *Chin Chan* y derivados o cualquier otro tipo de dibujo japonés, donde se muestra claramente la sumisión de las mujeres, la competencia salvaje de los varones o las relaciones de poder entre razón y emoción. La sociedad japonesa posee una tradición patriarcal y capitalista llevada al extremo (el nivel de suicidio en adolescentes es muy elevado) y, sin embargo, entra en nuestras casas sin vigilancia a través del 80 % de los tebeos y las series de dibujos animados que consumimos en España y Europa.

homogeneidad. El supuesto cambio actual pasa por deconstruir las identidades y subjetividades femeninas pero deja intactas las masculinas. Por ejemplo: el cambio alcanzado por el momento no es compartir en igualdad las tareas de la casa y la crianza sino eliminarlas de tu vida para evitar que éstas te resten poder y representación social. Así algunas mujeres presumen de no ser tan femeninas (“yo no sé ni freír un huevo”, María, 16 años), mientras que algunos hombres están orgullosos de que su masculinidad anule cualquier resto de comportamiento sensible, emocional o de debilidad (“yo tengo el cuarto mucho más desordenado y sucio que nadie... ni mi madre se atreve a entrar”, Pedro, 17 años).

Por la otra banda surgen minorías de cambio desde el silencio que alcanzan estándares de equidad en las relaciones más que aceptables pero que no se pueden hacer públicas (“yo hago las cosas de la casa pero luego no lo cuento a los amigos porque se ríen de mí”, José Luis, 13 años).

Concluyendo, podemos decir que la masculinidad sólo es diversa cuando se trabaja sobre ella y se cuestionan críticamente sus características ancestrales. Eso es precisamente lo que hacemos en el proyecto Ulises a través de diversas fichas de aula en las que se potencia la empatía, se visualiza la equidad y se detectan más agudamente las discriminaciones.

Los miedos y las resistencias al cambio: Anécdotas que ilustran.

Tras siglos de patriarcado abusivo y de machismo recalcitrante son muchas las limitaciones que se anteponen al cambio, los miedos y excusas que unos y otras alegan para la permanencia de un sistema de relaciones entre los géneros, que sin duda no funcionan y dan lugar a discriminaciones y otras violencias.

En un centro de primaria, recogiendo los deberes sobre reparto de tareas en la casa y corresponsabilidad, dos niños me contaban que su papá les había roto el dibujo sin más explicación que: “dile al profesor que yo trabajo y que esas cosas de la casa las hace mamá”. Sólo es una muestra más la abierta beligerancia de algunos; por una parte la falta de incorporación al espacio doméstico, por otro la falta de reconocimiento del valor del mismo (“esas cosas”, no considerarlo un trabajo, etc.). La pregunta es: ¿Cómo va a estar el cambio de las masculinidades en el aula si en casa se hace incoherente el discurso de igualdad de base?

Realmente lo que expresan estas resistencias no es más que miedo a lo desconocido, a lo diverso y por ende supuestamente peligroso y desestabilizador, amén de nuestra cultura neoconservadora y estática. Miedo a ver a sus hijos varones haciendo cosas que les acercan más a la igualdad pero que les separa más del arquetipo machista de sus padres y abuelos.

Pero no siempre las dificultades que conlleva cada cambio provienen de la casa; también es el resto de la sociedad, los anuncios, el amor desesperado y discriminador de las canciones, los descarados dibujos japoneses, las películas clasistas, violentas y maniqueístas del cine americano, el discurso de una parte de la iglesia al que la televisión da publicidad, los cuentos donde sigue sin haber “caperucitos y lobas” y un largo etcétera.

Pero para poder ilustrarlo plenamente podemos retomar alguna de las frases y comentarios más escuchados y apoyados:

* Chico 9 años: *¡Jo profe! Yo no quiero imaginar mi vida futura como una chica... eso es lo peor... es que me hundes*

Hacemos muchos juegos de empatía y ello implica ponerse momentáneamente en la piel del otro. Para una chica convertirse en chico es ganar espacio y poder y por tanto no hay protestas, sin embargo para un varón ser chica aunque sólo sea un rato significa “lo peor”. Por tanto es preciso resignificar lo femenino en positivo y posibilitar un cambio con ventajas para todo el mundo. ¿Qué gana un chico pensando por un momento que es chica? Un idioma nuevo y una mayor capacidad de entendimiento en el futuro.

* Chica 14: *Que los hombres limpien y ayuden en la casa está bien. Pero... tan bien como limpia una mujer nunca limpiará un hombre*

Para ella es la confirmación de que los hombres o no saben o no pueden estar en un espacio tradicionalmente femenino, es tanto como aferrarse a un poder dentro del no poder. Por otro lado la afirmación de que nunca podrá ser de otra forma refuerza las resistencias al cambio.

* Chico 16 años: *Los chicos y las chicas escogemos profesiones diferentes porque siempre ha sido así y siempre será así. ¿Para qué cambiarlo?*

Por una parte el inmovilismo de la respuesta, por otra la falta de detección y, por tanto, la invisibilización de las discriminaciones.

* Dos chicos 15 años: *Profe, nosotros nos pegamos pero de buen rollo*

La forma de expresión afectuosa de los varones es la violencia, principalmente por causa del corte emocional que antes comentábamos y porque expresar afecto desde el afecto sería de chicas y por lo tanto negativo. Además se exalta la violencia como valor hábil para alcanzar logros y expresar diversas emociones.

* Chico 17 años (madre y padre separados y en conflicto de custodia): *Mucho hablar de machismo y violencia de los hombres y las mujeres también son muy violentas y feministas de ésas. (tono violento y desafiante)*

Tienden a justificar la falta de cambio con las excepciones de la regla de la discriminación, es decir con la alegación de que “las mujeres también” y con la comparación de machismo y feminismo en el mismo plano como si se tratara de dos partidos políticos enfrentados.

* Chico 16 años: *Un chico para ser un chico de verdad, para ser el más, tiene que utilizar la violencia preventiva: el primer día repartes un par de hostias y así todo el mundo sabe de qué va el rollo y que no te pueden chulear.*

De nuevo la exaltación de la violencia, en tono jocosos, y además aparece claro el valor de la eterna competición, la asunción de riesgo y lucha como algo habitual al pleno modo masculino.

** Chica 12 años: A mí me gustaría ser médico de mayor pero es muy difícil, así que seguramente estudiaré enfermería.*

La falta de autoconfianza genera de nuevo inmovilismo, la sociedad no pone trabas externas pero muchas mujeres las llevan dentro como herencia de un patriarcado que las inutiliza y les quita libertad.

** Chico 7 años: Mi deseo para mi vida futura es romperme un brazo otra vez
¿Y eso por qué?
Sí un poco, pero te cuidan, te dejan jugar a la “play”, te dan de comer y te atienden más, más que cuando me porto bien y hago los deberes*

Además de significar la pandemia de nuestro tiempo: la falta de tiempo y atención para la gente a la que queremos o la mala costumbre de tener hijos y trabajar ambos de 8 de la mañana a 8 de la noche.

Cambiando desde las emociones

El punto de partida para promover el cambio de las masculinidades es detectar las consecuencias negativas de su expresión tal cual existe y las ventajas de otras formas de masculinidades diversas liberadas de las luchas de poder y las demostraciones de fuerza.

Intentamos iniciar los cambios desde una mayor observación de las discriminaciones y de los daños que la estructura de género actual nos provoca a mujeres y a hombres.

Una forma fácil y eficaz es a través de las sexualidades en todas sus facetas, reforzando las identidades y promoviendo las capacidades de autogestión emocional, concretamente identificar y expresar en libertad las emociones, recanalizando la violencia.

Los varones y quienes ejercen la masculinidad tradicional muestran una clara tendencia a ocultar su emotividad y recortar la expresión de los sentimientos, ya que de otra manera podría ser identificado como una pérdida de poder y control. Sin embargo, desde el trabajo de intervención intentamos transmitir la idea de que la mejor forma de demostración de la fuerza de tu identidad es tener claro lo que sientes y que puedes expresarlo como gustes y cuando gustes sin producir daños a terceras personas.

Ulises, una posible vía para otros mañanas

Género, Sexualidades y Relaciones de Paz: Uniendo estos tres conceptos pretendemos trabajar de forma más amplia el tema de la violencia de género tan presente y visibilizada en este nuevo siglo XXI.

Para alcanzar unas adecuadas relaciones de paz entre mujeres y hombres necesitamos replantear la, hasta ahora y todavía, injusta estructura de género y de distribución de roles y poder. La mujer, a pesar de los cambios y retos alcanzados en el siglo pasado gracias a la continuada acción del feminismo, no ha podido alcanzar un estatus real de igualdad y equidad con relación a los hombres. Son las mujeres quienes cobran sueldos inferiores por el mismo trabajo, quienes reciben un plus de violencia de las instituciones y de los hombres con quienes conviven, etc. La violencia de género tiene una dirección clara hacia la mujer porque el sistema patriarcal que la diseñó y la sustenta no ha cambiado. Los varones no han movido todavía su posición de poder porque ni se ha cuestionado ni ha entrado en crisis como la posición de no-poder de las mujeres. ¿Por qué no trabajar con la otra mitad de la realidad que no está cambiando?

Hasta el momento, la mayor parte de los trabajos planteados en coeducación se han centrado en la capacitación de las mujeres para enfrentarse y competir en un mundo masculino. Estábamos olvidando la necesidad de replantearnos las actitudes y comportamientos de los varones, y de este modo también ampliar el cambio al sistema patriarcal dominante.

La forma en que aprendemos y vivimos nuestras sexualidades y vínculos suele reforzar la diferencia y crear dos espacios diferentes, dos formas de sentir y vivir el placer y las relaciones entre personas. El mismo modelo de amor que nuestra sociedad occidental detenta se convierte en una trampa para las mujeres y en una barrera para los hombres. Un modelo de amor romántico que implica sufrimiento, dependencia, celos y diferentes grados de compromiso y cuidado para mujeres y hombres, difícilmente puede ser, sin revisión, un terreno de cultivo adecuado para las relaciones de paz. Quizá las mujeres amen demasiado y los hombres no hayan aprendido a amar sin poseer: “la maté porque era mía... fue un crimen pasional... le cegó el amor y no pudo sino matarla... los celos le hicieron volverse loco.”

Las relaciones de paz brotan de una estructura social sin las diferencias de poder que imponen los roles sociales. Cultivar los conceptos de solidaridad, equidad y respeto a las diferencias permite avanzar en el encuentro entre las personas, los géneros, las culturas, las etnias, etc.. Conocer al otr@ diferente nos hace entendernos mejor y poner en duda los valores e ideologías que hemos aprendido y que no nos sirven en nuestras relaciones cotidianas. De este modo es posible que un hombre deje de tener que demostrar que es un “hombre de verdad” y pueda disfrutar de sus vínculos sin lucha o competencia.

Hablamos de violencia masculina por entender que es ésta la que más se ejerce, en especial sobre mujeres y niñ@s, de forma más o menos visible. Reconocemos la existencia de la violencia femenina sobre los hombres, pero en un porcentaje realmente inapreciable y como imitación de la violencia ejercida por los varones que representan la única forma validada por nuestra sociedad de hondas raíces patriarcales. Adjetivar a la violencia sólo como “intrafamiliar”, “doméstica” o “de género” significa olvidar quiénes son sujetos y objetos de la misma.

La violencia se aprende, forma parte de la capacitación de los varones para alcanzar el éxito social y el reconocimiento como “hombres de verdad”. Por desgracia es necesario desaprenderla y dejar de trasmitirla como un valor positivo.

Somos conscientes de que la problemática que tratamos es muy extensa y que también son muchos los actores implicados. Por ello, es necesario implicar tanto al alumnado, como al profesorado y de forma especial a las madres y los padres, reforzados por la labor de mediador@s sociales. No escatimamos medios para concienciar e implicar a todas las partes.

Centramos nuestro programa en el replanteamiento del valor masculino y la expresión de las diversas masculinidades, en la visibilización de la violencia y en el aprendizaje del respeto a la diversidad. Partimos del aprendizaje de la solidaridad, de la equidad y la igualdad de género, y desde la firme creencia en un posible cambio educativo que ayude a todo ello.

El proyecto se divide en siete bloques temáticos que pueden tener identidad por sí mismos o en conjunto:

- Bloque 1. Género, relaciones y educación:
Introducción a la perspectiva educativa desde el género
- Bloque 2. Masculinidades y educación:
Reaprender a ser hombre en la escuela.
- Bloque 3. Género y trabajo:
Futuro laboral y académico y el sesgo de género en la adolescencia.
- Bloque 4. Identidad femenina y educación:
El futuro de lo femenino sin la masculinización patriarcal.
- Bloque 5. Afectividades y sexualidades:
El placer de relacionarse en igualdad y diversidad.
- Bloque 6. Adolescencia y no violencia:
Aprender a compartir en paz y equidad.
- Bloque 7. Respeto a la diferencia:
Interculturalidad y convivencia.

Relacionado con la formación de docentes y mediador@s planteamos una serie de líneas fundamentales a tener en cuenta para asentar los cambios y hacerlos duraderos:

Aprender a ver

En el equipo de trabajo (mixto y multidisciplinar) nos dimos cuenta de que antes de comenzar cualquier trabajo de intervención sobre género es necesario construir nuestras propias gafas moradas, ésas que nos permiten ir descubriendo cada vez más los espacios de discriminación contra la mujer y lo femenino.

Esto requiere atender al uso extendido del lenguaje sexista y discriminatorio y tener tolerancia cero en todos los escritos, en especial los de dominio público, pero también en cualquier texto de nuestra empresa u organización de carácter interno. Se trata de promover una actitud que genera cambios, no de respaldar una moda.

Debemos prestar especial atención a aquellas actitudes, dentro de la interacción cotidiana, que presenten veladamente esa discriminación. Por ejemplo, comentarios que

minusvaloren el criterio de alguien por su condición de género: “de esto sabemos menos por naturaleza”, “es que esto una mujer no puede entenderlo”, etc..

Enseñar desde lo cotidiano

Se trata de incorporar la idea de igualdad en derechos y oportunidades a cada momento de nuestra vida, dentro y fuera del espacio profesional. La forma perfecta de detectar si en mi actitud o comportamiento ha existido esa discriminación es repetir mentalmente el hecho cambiando el género de las y los protagonistas.

Darse cuenta

En la teoría *gestalt* se pretende dar sentido y forma a la realidad a partir de hacer y sentir lo que se hace, en definitiva realizar de forma continua el ejercicio de darse cuenta, ser consciente en cada instante de nuestros actos y poder meditar sobre ellos. De este modo evitamos frases como “no sé cómo ella pudo sentirse así, si yo lo dije con la mejor intención”. La intencionalidad de la acción no siempre marca el resultado y la correlación de la misma. Cuando hablamos lo hace nuestra boca y nuestro cuerpo y detrás de lo que decimos está lo que pensamos y sentimos en la superficie y en lo más profundo de nuestra mente. Por ello es fácil que actuemos mediados por ideologías no reflexionadas o por estereotipos tan normalizados que parecen ciertos.

¿Desde dónde las estrategias de cambio?

Nuestro trabajo plantea un modo social educativo basado en la perspectiva de género y la metodología constructivista.

La idea clave de estos programas de intervención es llevar a las futuras generaciones y su entorno un modelo distinto de relaciones personales que no incluyan los modelos de violencia heredados del modelo patriarcal tradicional.

El patriarcado divide a las personas entre sumisas y dominantes, categorizando a las primeras como todas aquellas que se identifiquen como mujeres o que representen los valores tradicionales femeninos como la debilidad y el cuidado. En el segundo grupo se incluye a los hombres y a todas las personas que se representen en masculino y desde el poder.

Nuestro objetivo principal es desdibujar los modelos de poder ligados al género y acompañar a las y los más jóvenes en el descubrimiento de su identidad sin los límites de la estructura de género y sus perversas consecuencias en lo cotidiano (violencia masculina sobre las mujeres y lo femenino, modelos patologizantes de relación, etc.).

Intervenimos en centros educativos durante 21 sesiones por grupo en las aulas con actividades y juegos de contenido didáctico, metodología dialéctica e intervención lúdica y amena. Trabajamos con dos grupos de edad: entre 14-16 años y entre 5-7 años, por ser éstos dos momentos claves en el proceso de creación de la identidad de género y las estructuras patriarcales de poder. Son sesiones semanales y dentro de las sesiones de tutoría.

Intervenimos también con madres y padres simultáneamente a con el alumnado, pero de forma quincenal y dando plenas explicaciones de lo trabajado en el aula para que continúe el refuerzo en la casa. A este grupo se les entrega, como a los demás, materiales de trabajo.

Con las personas dedicadas a mediación social y el profesorado hacemos un especial esfuerzo de formación en un mínimo de 32 horas más prácticas.

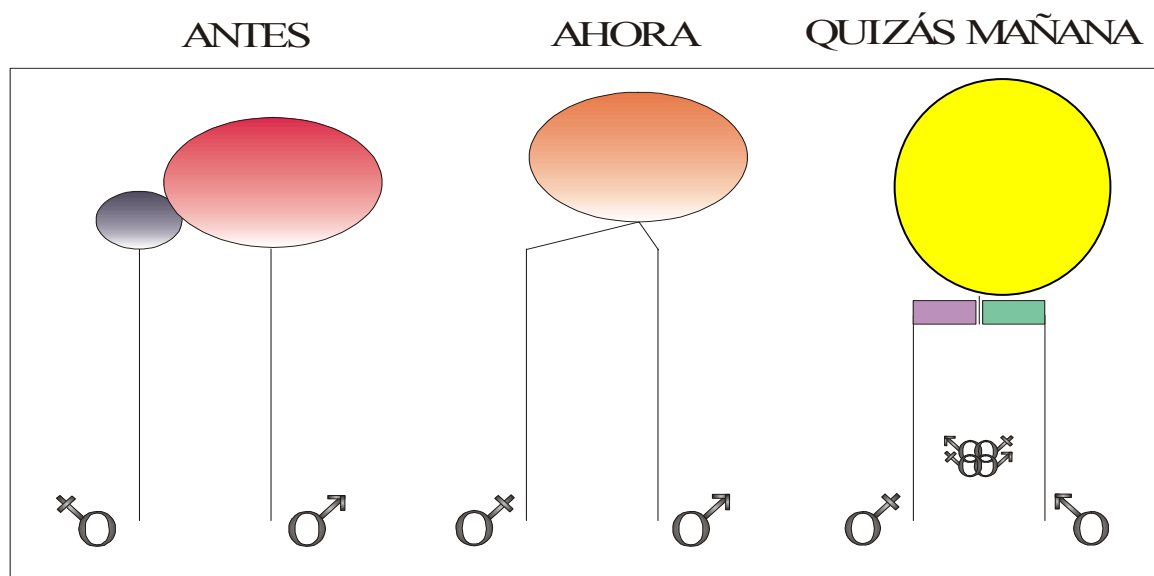
Todo el conjunto de intervenciones aseguran un cambio actitudinal e ideológico progresivo y que educa en la equidad de género y previene modelos comportamentales violentos.

Conclusiones y apuntes

Estamos en el comienzo de un gran cambio hacia otras formas de entender a la mujer y al hombre con la diversidad creativa que jamás existió, para que cada persona pueda autodefinirse sin límites externos.

Vivimos en un mundo sin tantos cambios como pudiera parecer. Sí hay una evolución tecnológica inconmensurable, pero no sucede igual en la moral patriarcal o en los modos de vida dirigidos aún por los estereotipos de género muy similares a los de hace dos mil años. Los modelos patriarcales dominantes se extienden sutilmente hacia el mañana a través de las microviolencias y los micromachismos, renovados comportamientos de lo masculino para perpetuar el sistema de opresión y dominio sobre lo femenino. Un ejemplo de esta persistencia la observamos en el proceso de masculinización creciente de las mujeres (fig. 2):

Estructura de desigualdades en proceso (Fig. 2)



En la primera parte del diagrama podemos ver cómo ANTES (y en algún “todavía”) se representaba a las mujeres por debajo de los hombres y ocupando mucho menos espacio social pero bien diferenciado de ellos. Representamos el que podía ser el mundo de nuestras abuelas y abuelos donde el machismo reforzaba las diferencias mujer-hombre y la separación total de actitudes y comportamientos. Lo femenino y lo masculino tenían formas muy definidas y opuestas.

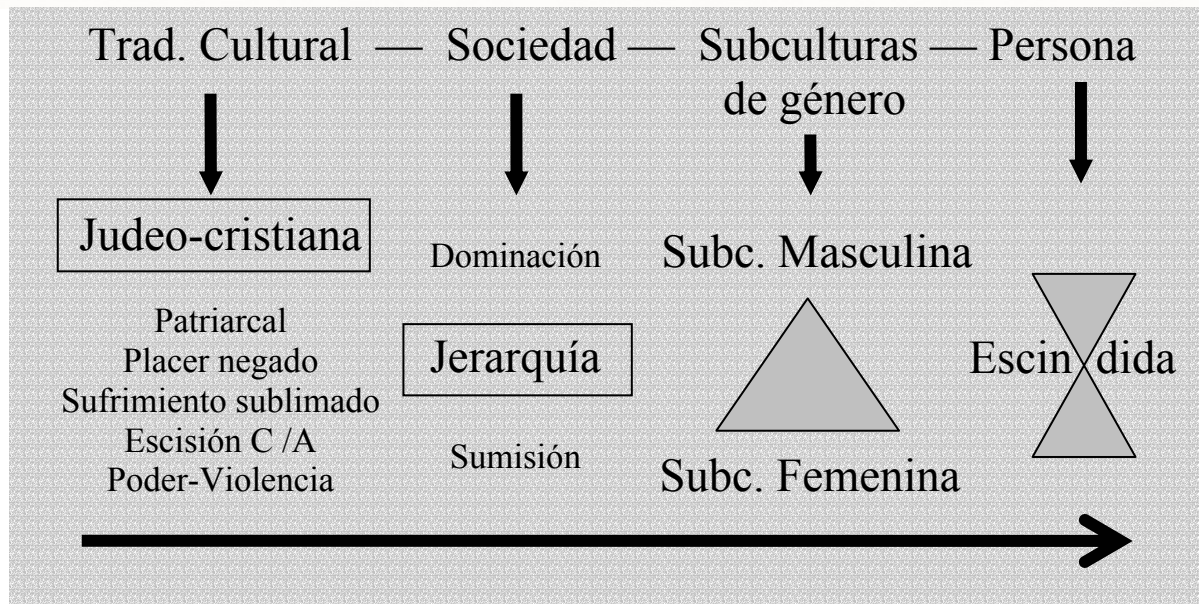
En la representación del AHORA, no en todos los casos pero sí como una tendencia, el espacio ocupado por las mujeres gira hacia el ocupado tradicionalmente por los hombres. La mujer entra en el mundo laboral y adquiere formas de ser y comportarse que habitualmente pertenecían sólo a varones. Muchas mujeres masculinizan su comportamiento para alcanzar el único poder posible, el patriarcal. Este giro lejos de producir más libertades refuerza los paradigmas patriarcales de fuerza, poder y violencia siempre con forma masculina aunque sea una mujer quien los ejerza. ¿Por qué no podría existir un mundo laboral en el que la competencia se sustituyera por la solidaridad? ¿Y un mundo de la casa, de lo privado, donde todas las partes colaboraran desde el cuidado y la atención mutua, afectiva y efectivamente?

Por último, queda la esperanza de un QUIZÁ MAÑANA, en el que valores femeninos y masculinos u otros que no tengan apellido de género, puedan conformar un espacio común y en libertad para mujeres u hombres, donde cada persona pueda sentir, ser, pensar y comportarse tal cual desee.

Pero existe una “Estructura Básica de Desigualdades” que persiste, divide y enfrenta a mujeres y hombres. Las mujeres habitan en un mundo de hombres, de estructuras patriarcales y rechazo a lo designado como femenino. Los hombres elaboran tímidos cambios hacia la afectividad, la paternidad responsable o la escucha emocional.

En ocasiones podemos decir que la tradición nos hace reencontrarnos con nuestros orígenes y reconciliarnos con el pasado que se hace presente en nuestras ideologías. En el caso de la estructura de género que nos ocupa no podríamos decir tal cosa porque la tradición cultural que elabora el sistema actual de sexo-género divide dos mundos que nunca debieron separarse, y escinde a la persona en femenino y masculino.

Como podemos ver en la figura 3, la tradición cultural define un modelo social actual que queda dividido en dos subculturas de género que tienen como producto a una persona.



El origen de la jerarquía de género (Fig.3)

La cultura que da origen a toda esta situación en nuestra zona geográfica es la tradición judeocristiana, que por definición es patriarcal, es decir, define el poder desde lo masculino y para los hombres y beneficia a quienes lo sustentan y representan. Según este modelo el placer queda relegado por la importancia del sufrimiento que presuntamente engrandece desde la virtud a quienes lo soportan en esta vida terrenal para alcanzar la plenitud tras la muerte en el cielo. De igual forma que otras culturas, como la islámica, el sufrimiento es algo cotidiano y necesario mientras que el placer se coloca lejos de la vida terrenal, distribución perfecta para reforzar las relaciones de dominación y las de violencia. Se divide a la persona entre el Cuerpo y el Alma, sexo y amor, tierra y cielo, negro y blanco, dejando las características de más valor en este mundo para los hombres. El patriarcado se gestiona desde el poder-violencia para mantenerse y crea desde el origen una sociedad desigual y jerarquizada, donde no son posibles las relaciones horizontales y donde cada elemento se define en oposición a otro que vale menos. La jerarquización social da a luz una sociedad perfectamente dividida entre quienes dominan y quienes están en posición de sumisión; por ejemplo las clases, castas o estados que controlan los medios de producción, frente a quienes quedan esclavizadas por ellos.

Atravesando todos los sistemas de dominación se encuentra el género que da origen a dos subculturas: una masculina en la cúspide de la pirámide y una femenina en la base. La primera subcultura se representa por los hombres y lo masculino, los valores tradicionalmente a ellos adscritos que siempre tienen más peso específico que los presentados por la subcultura femenina.

Utilizando como ejemplo a la sexualidad, es evidente que la mujer globaliza su emoción desgenitalizándola, y vive el amor sin sexo, mientras que el hombre genitaliza

estancándose en el sexo sin amor (o emocionalmente poco desarrollado); sin embargo es el modelo sexual más respaldado por la sociedad.

Por último queda la persona, que no es necesariamente ni femenina ni masculina en sí, que no es sólo cuerpo o sólo alma y que queda escindida por aquella otra mitad que le es negada. No hay hombres puramente masculinos y que carezcan de todo adjetivo entendido tradicionalmente como femenino ni mujeres puramente femeninas, con lo que el comportamiento social es un continuo aparentar y polarizar nuestra identidad asumiendo con dificultad las pérdidas.

Cada día somos más conscientes de que ser hombre no resulta tan fácil como nos prometieron. Si uno se detiene un instante y reflexiona sobre la gran cantidad de cosas que tenemos que hacer para mantener y soportar una perfecta imagen de “hombre”, uno termina asustándose y dejando de hacerlas.

Desde pequeños, el ser un “varoncito” no es una categoría segura, más bien se convierte en una condición por la que hay que luchar a cada paso, una continua competencia con l@s demás y con uno mismo. Una identidad y una forma de estar en el mundo que las mujeres no necesitan demostrar ni defender. El hecho de tener un sexo determinado sí concede la identidad de género a las mujeres pero no necesariamente a los hombres. Para los hombres se requiere algo más, así que un acontecer fisiológico y un cambio hormonal no parecen ser suficientes para ser un hombre de verdad.

Muchas veces lo importante no es “ser más macho” sino, más bien, no ser en ningún caso “mujer”, no vestir, hablar, moverse o hacer nada que pueda identificarse como femenino, puesto que se representaría un valor negativo y en decadencia. Sin embargo, somos criados y educados por mujeres, nuestros amigos de confianza son casi siempre amigas, deseamos ser acariciados pero no podemos decirlo. Queremos y podemos gozar y llorar porque sentimos, pero nunca lo mostramos porque eso “no es de hombres”, sería un signo de debilidad y por tanto de desestructuración de nuestra masculinidad, ese gran castillo de naipes que parece tan grande como frágil. Ante cualquier dificultad nosotros debemos permanecer fuertes, sacando pecho, soportando todo por encima de nuestras ganas de rendirnos o de dar el relevo a otr@s.

En resumen estamos siempre bajo la amenaza de perder el falo, el poder y bajo el miedo de no ser o no aparentar “ser lo suficientemente hombre”. Y sin embargo qué más da, mientras pueda estar a gusto conmigo, si yo cumplo el modelo de hombre viril o no.

Este permanente “aparentar” se vuelve más terrorífico cuando es nuestra sexualidad la que está en juego. Detrás de mentiras como: “el hombre ha de estar siempre dispuesto”, “tienen mucho más deseo que nosotras y éste es irrefrenable” o “no hay mujer insatisfecha sino hombre inexperto”, y algunas muchas otras, lo que se descubren son los tentáculos del patriarcado, ideas arquetípicas de lo que debe representar ser una persona nacida con pene y testículos. La sociedad nos condena a mantener y reproducir comportamientos que nada tienen que ver con nuestros deseos o con nuestro tiempo. El patriarcado trata de controlar el espacio en que podemos ser más libres, el espacio de la intimidad y del placer; por tanto, no sólo esclaviza a la mujer negándole el derecho a la iniciativa y a la posesión del placer, sino que también

esclaviza al hombre a través de la responsabilidad de que todo salga bien (como si de una competición o una exhibición se tratase). La responsabilidad del varón durante un encuentro sexual parece ser total: para guiar los encuentros, para dar placer, para tomar la iniciativa, para marcar el ritmo adecuado, para que todo salga tan perfecto como en las películas, etc. Pero, ¿dónde está el placer de dejarse llevar, de abandonarse a los deseos compartidos?

Hoy vivimos un extraño momento en el que la sexualidad aparece representada con libertad pero donde es vivida con miedo y con contención. Se presupone una liberalización de las normas que nos oprimían que no es real; las limitaciones existen, sólo que han cambiado de forma. Algun@s profesionales de la sexología están convencidos de que hay una sola forma de sexualidad, una forma funcional que es contraria a otra disfuncional, con lo que fácilmente se están construyendo y recreando los conflictos. Se prioriza la función reproductiva o las prácticas genitales aunque en el discurso teórico se plantee lo contrario. Por tanto, lo importante parece ser: la erección, el tamaño, la eficacia y la técnica del coito, olvidándose de todo lo demás y reduciendo la sexualidad al sistema métrico y a la productividad en el más puro estilo capitalista.

Muchos estudios, modelos de terapia y talleres en torno a estos temas se centran en la patología, lejos del placer que es la esencia de nuestra sexualidad y de nuestras relaciones en clave de igualdad. Pero, ¿para qué vamos a luchar por un entendimiento entre los géneros si no es por la satisfacción mutua que esto generaría en el ámbito de la sexualidad, las relaciones personales y de muchos otros? ¿Por qué no generar entonces nuevos espacios donde relacionarnos sin luchas de poder, donde las mujeres no tengan que vivir en un mundo masculinizado y donde los hombres colaboren a su lado para generar una sociedad, una forma de sentir y de actuar que no precise de la competencia y el enfrentamiento entre géneros?

Hasta ahora muchos de los mensajes de igualdad entre géneros convertían a las mujeres en gladiadoras, en amazonas con armas de hombre en un mundo masculino, en el trabajo y en el mundo público, con doble jornada y menor sueldo. Las corrientes tradicionales del feminismo han pasado de luchar contra todo aquello que fuera sospechosamente masculino, a copiar todas las estrategias de competencia del mundo de los hombres. Y en el camino: los hombres han perdido su capacidad de vivir y sentir el placer de su sexualidad; las mujeres, que jamás fueron dueñas de su placer, lo subyugan a la necesidad de ser madres, putas, trabajadoras incansables, santas, reivindicantes, etc.. Es una lucha, en realidad, por el desentendimiento entre los géneros. Mientras que la subcultura femenina pierde valor y se camaleoniza en masculina, como si fuera lo más adecuado. Mujeres y hombres abandonan lo íntimo, lo doméstico, lo humano, etc., lugares que, sin ya pertenecer a nadie, se llevan consigo el espacio donde compartir y vivir la sexualidad, la propia, la ajena y la compartida. Y algo importante, también dejan atrás la capacidad de reproducir modelos armónicos de relación desde la educación, porque tampoco nadie desea el espacio de la crianza.

Las cosas sólo tienen valor mientras cotizan en el mundo del trabajo, los negocios y el sexo comercial. Pero estos mundos ya habían sido definidos antes por los hombres y no por la mujer, sin satisfacer a nadie. Por tanto, la lucha de las mujeres por la igualdad pierde su sentido si su objeto es ser igual que los hombres en un mundo de y para los hombres. Los varones pierden su última oportunidad para sentir y disfrutar si

están más centrados en alcanzar metas plusmarquistas que en el placer compartido, espontáneo, divertido, diverso, inesperado, sorprendente...

Creemos necesario generar un tercer nivel de discurso, que permita a las personas *disfrutar y compartir en equidad* desde su condición de género, sea ésta cual sea. Pero es necesario estudiar el conflicto desde su raíz. Reivindicar igualdad desde lo femenino y desde lo masculino, trabajando desde la estructura las agrupaciones de hombres, potenciando la creación de un discurso crítico desde y sobre lo tradicionalmente masculino, también para alcanzar una sexualidad y formas diversas de pareja sin violencia.

Para todo ello, es preciso resignificar nuestra idea de género, de pareja y de sexualidades, creando nuevas formas de relación que sustituyan: la entrega por el compartir, la dependencia por el refuerzo de la autoestima y los estereotipos y las normas por el deseo común. Existe una división tradicional que confiere a mujeres y hombres características irreconciliables a partir de una polaridad caprichosa que no atiende al sentir de las personas y que dificulta las relaciones intra- e inter-género.

BIBLIOGRAFÍA

- Amorós, C. (1991). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Anthropos.
- Arango, C. (1987) *Comportamiento participativo y educación popular*. Cali: Editorial Popular S.A.
- Badinter, E. (1992). *X Y La identidad masculina*. Madrid: Alianza.
- Barragán, F (2000) *Violencia, Género y Curriculum*. Málaga: Aljibe .
- Brantenberg, G. (1994). *Las hijas de Egalia* (trad.: Laura y Raquel Hidalgo). Madrid: horas y HORAS la editorial.
- Connel, R.W. (1998). “Enseñar a los chicos: Nuevas investigaciones sobre la masculinidad y estrategias de género para la escuela”. *Kikiriki*. Nº 47 (52-68)
- Gil Calvo, E. (1997) *El nuevo sexo débil: Los dilemas del varón posmoderno*. Madrid: Temas de hoy.
- Ladi Londroño, M.(1994). *Ética de la ilegalidad*. Cali: Fundación para la investigación en salud y derechos reproductivos de la mujer.
- Lomas, C. (1999) *¿Iguales o diferentes? Género, diferencia sexual, lenguaje y educación*. Barcelona: Paidós
- Pescador, E. (2004). “Masculinidades y Adolescencia” en Lomas, C. ed. *Los chicos también lloran: Identidades Masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Col. Educador. Paidós. Barcelona.
- Sanz, F. (1990). *Psicoerotismo femenino y masculino*. Barcelona: Kairós.